

## CUARTA SEMBLANZA

### *EL JEFE*

JESÚS FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Un buen profesor es como una vela:  
se consume para iluminar el camino de los demás.

**E**L NOMBRE QUE FIGURA en nuestro DNI es solo uno de los muchos que recibimos. El oficial o el legal, pero solo uno, como explicaría cualquier experto en sionomástica, ¿verdad, Carla? Cuando hablo con él, Juan Felipe García Santos recibe indefectiblemente el vocativo de *jefe*, un vocativo, por lo demás, heredado. Así llamaba él al recordado don Eugenio de Bustos Tovar, y así nos acostumbramos a llamarlo Javier de Santiago y yo cuando comenzamos nuestras respectivas tesis doctorales bajo su dirección. Si no se trata de una apelación directa, el *jefe* se torna en Juan Felipe o Juan Fe, o quizá mejor, Juanfe, hipocorístico de la clase de Josema, Juanpe, Juanma, Luismi, Mariajo y similares. [Sé que alguno, como Vicente González, profesor y decano de nuestra Facultad, que le conoció de joven, le llama Felipe. En el ámbito familiar, su mujer, Elvira, y sus hijos, usan Juan; y creo no equivocarme si alguna vez les he oído Juanchi.]

Pues bien, conocí a Juan Felipe —entonces no era todavía el *jefe*— en 1982. En aquel tiempo, en el que yo cursaba cuarto de Filología Hispánica, don Eugenio nos daba tres horas semanales de *Historia de la Lengua*, lunes, martes y miércoles, de nueve y cuarto a diez. Bustos —era habitual llamar a los profesores mayores por su apellido Bustos, Llorente, Pensado— Bustos, digo, vestido generalmente con un traje gris y una corbata negra, llegaba al aula con un andar pausado, cruzaba el pasillo de la P-1 (entonces las aulas P-1 y P-2 estaban reservadas para cuarto y quinto de la especialidad en Filología Hispánica) subía la tarima, se sentaba, y seguía siempre el mismo ritual: se quitaba el reloj de pulsera, lo plegaba en la mesa haciendo una especie de triángulo, de suerte que pudiera ver la esfera y controlar el tiempo,

encendía un cigarrillo y, con su voz ronca de sempiterno fumador, comenzaba a hablar. Explicaba, sin apuntes, sin nota alguna, los avatares del español con una claridad, un tempo y una organización de la materia, que siempre he admirado.

Los jueves y los viernes, también de nueve y cuarto a diez, estaban reservados a la *Fonética Histórica*. De ella se encargaba su discípulo predilecto, el profesor Juan Felipe García Santos. Un extremeño nacido en 1950 en La Pesga, provincia de Cáceres, hijo del herrero del pueblo, educado en el seminario, alférez en las milicias universitarias, y doctor en Filología Románica en 1978 con una tesis titulada *Léxico político y social en España durante la Segunda República*. Todo eso, claro, lo supe más tarde. Entonces, le veíamos entrar bien repeinado, también con traje, portando una cartera de cuero marrón claro de la que sacaba sus notas para las explicaciones. No recuerdo que se sentara. Bien sobre la tarima o a veces incluso delante de la primera fila caminaba a lo ancho del aula dictando la clase. Nos miraba con esos ojos entrecerrados y algo achinados, que se pertrechaban tras sus gafas de miope. Era característica también su media sonrisa, entre irónica, benévola, un poco cómplice con esas decenas de alumnos que habían oído que la *Historia de la Lengua* era uno de los huesos de la carrera. Juan Felipe tenía entonces 32 años.

En efecto, la *Historia de la Lengua* era una de las materias más temidas y exigentes de Filología Hispánica. En quinto, por distintas razones, lo sería la *Lingüística Románica*. Corrían todavía los tiempos en los que la diacronía se imponía a la sincronía. La *Historia de la Lengua* contaba, además, con toda una escuadra de profesores: don Eugenio, a cargo de la historia externa del español; Juan Felipe, responsable de la fonética, y Eugenio de Bustos Gisbert, hijo de don Eugenio, y José Antonio Bartol Hernández, como ayudantes, encargados de las prácticas.

La década de los ochenta, por lo demás, como todas, fue una década «interesante» en España. Se abrió con la cifra más alta de asesinatos de ETA y con un frustrado golpe de estado. Paralelamente el país vivía bajo la ilusión del cambio, del ingreso en la Comunidad Europea y de un sentimiento de libertad que se plasmó en *La Movida*. Tras las constantes huelgas y disturbios de décadas anteriores, la universidad vivió un periodo de cierta tranquilidad. No recuerdo que faltásemos mucho a clase para protestar o manifestarnos. Ocasionalmente, sí, pero lo habitual era ir al Palacio, Hospedería y Anayita, tomar apuntes, muchos apuntes, demasiados apuntes, y aprovechar los descansos entre clase y clase para fumar los que fumaban y para tragarse el humo sin mucha apelación posible los indefensos no fumadores.

Hablando de fumar, no solo se fumaba en los descansos sino durante la clase. En aquel tiempo no es que se pudiera fumar en clase, es que se fumaba en tal abundancia, que la niebla de Londres o el *smog* de Los Ángeles palidecían ante semejante espesura humosa ¡Qué extraño e increíble parece ahora a tantos años vista! Sí, don Eugenio acompañaba sus clases fumando *Ducados*; Juan Felipe, en cambio, se decantaba por una marca canaria, *Kaiser*, en paquete amarillo, si no me traiciona

la memoria. Clase tras clase, Juanfe sacaba el cigarrillo del paquete, lo encendía y lo aspiraba pausadamente mientras dictaba los apuntes. Llegaba a fumar hasta tres cigarrillos en esos 45 minutos.

En torno a un centenar de alumnos de Filología Hispánica nos hacinábamos entonces en la P-1 y luego en la P-2. La mayoría –eso no ha cambiado– eran mujeres. Encarábamos esos dos años de especialidad con la ilusión de estar ya en el tramo final de la carrera y la incertidumbre de no saber qué sería de nosotros el día que acabase. La plantilla de profesores de entonces –esta, por el contrario, escasa de mujeres– incluía una sección de dones: don Eugenio de Bustos, don Víctor García de la Concha, don Alberto Navarro, don Antonio Llorente, don José Luis Pensado, y otra, sin dones, Juan Felipe, Pepe Gómez Asencio, Carmen González Cobos. Y, como decía, –otra vez la socionomástica– a los catedráticos los conocíamos por el apellido Bustos, Llorente, Navarro, Pensado o con el don; a los que no lo eran todavía, por el nombre de pila, Juan Felipe, Pepe, Julio, Emilio... En aquella promoción de 1979 a 1984 estaban estudiantes como Elena Bajo, Carlos Cabrera o Javier de Santiago, que hoy, más de cuarenta años después, todavía siguen caminando por los pasillos del Palacio, Hospedería y Anayita como distinguidos docentes. Otros compañeros también de gran valía, Simón Valcárcel, Félix Urcelay, Christiane Blanck-Conrady también lo hubieran merecido.

En las clases de Juan Felipe empezamos a familiarizarnos con los cambios fónicos que trasmutaron al latín en castellano. Aprendimos que el destino de la F- inicial fue el silencio, que el vocalismo latino fue menguando, con algún que otro foco de resistencia en las vocales medias breves, escindidas en diptongos, descubrimos los arcanos de las cuatro yodes, que, cual diablillos traviosos, subvertían el orden clásico establecido. Asistimos, en fin, a los estragos que el paso del tiempo infligía en la lengua de Cicerón para devenir en la de Cervantes. Las clases de Juan Felipe, empero, no se limitaban a una enumeración descriptiva de los cambios. Parte fundamental de sus exposiciones era darnos a conocer las diferentes teorías explicativas de los distintos cambios lingüísticos. Poblaban los apuntes, además, claro está, de don Ramón Menéndez Pidal, otros lingüistas españoles, Lapesa, Alarcos, y una nutrida representación de la tradición historicista germana, Meyer-Lübke, Schuchardt, Rohlf, etc. No faltaba tampoco el análisis crítico. Juan Felipe se solazaba en socavar la teleología del estructuralismo. Su militancia antiestructuralista era tan grande como su fervor madridista (eso siempre nos separó, jefe). Esa idea de que los sonidos cambiaran para ocupar las casillas vacías, en una especie de juego de las sillas musicales, le parecía abominable. La *Économie des changements phonétiques* de Martinet no era, desde luego, su libro de cabecera; las explicaciones de Emilio Alarcos tampoco fueron nunca santo de su devoción. Si alguien tiene interés en profundizar en esa aversión juanfelipiana (por lo demás, compartida en la sincronía por Emilio Prieto), puede encontrarla en su libro *Lenguaje y estructura*, publicado

en 1983. La verdad es que con don Eugenio, Juan Felipe, Eugenio junior y José Antonio tuvimos en *Historia de la Lengua* una sólida formación, teórica y práctica, que ya hubiéramos querido para otras asignaturas. ¡Qué lejanos quedan los días en los que subíamos al ojo de buey, debajo del palomar, para ver a Juanfe, a Eugenio junior o a José Antonio! ¡Tempus fugit!

Sentado en las primeras filas del aula, recuerdo de aquellas clases su manera de enseñar o lo que los cultos, que diría don Eugenio, llamarían pedagogía, metodología, didáctica, enfoque docente o vaya usted a saber que otro collar para el mismo perro. Juan Felipe tenía la virtud de estructurar magníficamente los contenidos y de ser extremadamente claro en las explicaciones. Era, sí, antiestructuralista, pero, a la vez, estructurado. Tenía la virtud de ponerse en el lugar de los estudiantes, entendía que la claridad y el orden eran fundamentales para asimilar los conceptos y facilitar su aprendizaje. ¡Qué diferencia con algún/a/os/as otros/as profesores/as de aquel tiempo (y de todo tiempo) cuyas clases eran un auténtico laberinto de ideas inconexas *with no rhyme or reason* o, dicho en cristiano, sin pies ni cabeza, o, valga la perífrasis de moda, lo que «viene siendo» un verdadero carajal de sandeces, memeces y, perdón por el cambio de registro, gilipollices! No citaré nombres propios, porque no procede en un homenaje, pero seguro que vienen a la mente de los que entonces los sufríamos. Creo igualmente que muchos de los alumnos de Juanfe llevan en su ADN docente ese gen de la organización y de la claridad. Me vienen a la mente Elena Bajo, Carla Fernández Juncal, Noemí Domínguez y Javier de Santiago.

Recuerdo también que, cuando veía que no iba a poder dar algunos temas porque *Phonetica longa, cursus brevis*, Juan Felipe compartía sus apuntes con nosotros. Conservo todavía esas fotocopias negruzcas, con esa letra clara, casi de imprenta, bien inclinada hacia la derecha, con sus particiones en 1), a), b), c); 2) a), b), c), con sus mil y una referencias a las fuentes, esos filólogos españoles, alemanes, franceses y algún inglés y americano, que antes mencionaba y que habían pavimentado con sus hipótesis el sinuoso camino de la deriva fónica. Esos apuntes que se remontaban a sus oposiciones de agregado, un trance que merecería capítulo aparte, y de las que salieron –el sufrimiento une– dos amigos de por vida, hoy desgraciadamente fallecidos, José María Enguita Utrilla y Emilio Montero Cartelle.

Me viene también a esta sucesión de pensamientos teñidos de nostalgia otro rasgo distintivo de Juanfe: su preocupación por los estudiantes. Una preocupación que ha mantenido siempre cuando los tenía bajo su égida y cuando ya habían dejado de serlo. Su nivel de empatía, paciencia y dedicación no era ni es frecuente. Se ponía a nuestra altura, nos aconsejaba, nos ayudaba, buscaba salidas cuando parecía no haberlas, jamás nos reprendía, infundía optimismo. En aquel mundo todavía autoritario del posfranquismo, traía un espíritu democrático en el que también se inscribían, en mayor o menor grado, otros jóvenes de entonces, Julio Borrego,

de luengas barbas entonces, gracia y alegría contagiosa; Luis Santos, de llorado recuerdo; Emilio Prieto, de ironía mordiente, o Pepe Asencio, de ironía andaluza.

Juan Felipe fue siempre un padre para sus alumnos. No sé si no le bastaba con sus cuatro vástagos y quería una familia todavía más numerosa. Recuerdo a Elvira, su mujer, yendo a recogerle, y a Felipe, Fernando, Quique y Gloria, cuando eran todavía pequeños abalanzándose sobre él en la Plaza de Anaya en las tardes soleadas de la primavera. Juan Felipe tenía la virtud –qué gran virtud y cuán escasa– de saber escuchar. La lógica de entonces dictaba que los jóvenes fueran receptores pasivos de las peroratas de sus mayores, no que estos prestaran atención a aquellos. En eso, él siempre fue una excepción. Una bendita excepción. Juan Felipe, a diferencia de otros, nunca se vendió caro. Siempre estuvo dispuesto a ayudar, a intermediar, a encontrar soluciones, a abrir caminos, a tender puentes donde otros ponían pegas, a buscar remedio y no a ahondar en la herida. Tengo para mí, también, que, quizá por esa sencillez, por esa falta de ínfulas, más de uno y de dos lo han subestimado y le han escatimado el agradecimiento que merecía. En el arte de echar una mano siempre fue de los primeros, incluso con aquellos que, supuestamente, estaban amparados por manos más poderosas y eximias.

En ese *Hall of Fame* de buenos maestros ocupa él un lugar destacado, con Julio, Pepe, Emilio, Luis, Emilio de Miguel, Manuel Pérez López, don Eugenio, don Antonio, don Víctor. La verdad es que tuvimos buenos maestros; también, malos, claro, como en botica.

Avatares del destino me llevaron a hacer la tesis con él. Nos apadrinó entonces a Javier de Santiago y a mí. Gracias a él las llevamos a buen puerto, y gracias a él, tras una travesía por la secundaria, volvimos los dos a la Facultad contra todo pronóstico. Gracias, jefe.

Eran los tiempos –segunda mitad de los ochenta– de *Viaje al español*, un curso multimedia dirigido por García de la Concha en colaboración con la editorial Santillana y Televisión Española. El centro de operaciones estaba entonces en un piso de la Plaza de las Isabeles, en el que Julio, Pepe, Emilio y él diseñaban unidades didácticas para los vídeos y libros del curso. Una especie de *Follow me, made in Spain*. Se enmarcaba este curso en una tradición de enseñanza de español como lengua extranjera y elaboración de materiales didácticos entre los que estaban *Así es el español básico*, para el nivel elemental, cuyos autores eran Julio, Pepe, Emilio, María Jesús Mancho y Mercedes Marcos; *Progresos*, para el nivel intermedio, redactado por Julio, Pepe y Emilio; y *Español: curso de perfeccionamiento*, del propio Juan Felipe, para el nivel superior, de 1988, que reformuló después en diversas ediciones y que constituyó la base de sus clases de *Gramática para la Enseñanza del Español I y II* impartidas desde finales de los noventa hasta su jubilación. Estas tres obras fueron libros de texto durante décadas en Cursos Internacionales y en los llamados Programas de Filología. En aquel piso de Las Isabeles discutieron

estos cuatro magníficos sobre cómo plasmar, siguiendo un enfoque funcional (era lo que se llevaba), diálogos y ejercicios para aprendices de todo el mundo; se enfadaron con los editores que trastocaban o mutilaban sus propuestas en aras a las exigencias del guion; ganaron algunos reales que compensaron los magros sueldos de entonces y estuvieron durante un tiempo a la vanguardia del planeta ELE. En palabras textuales de Juan Felipe, en aquel entonces, tenían a Dios cogido por los pies. Los planetas estaban alineados, había apoyo rectoral, se hablaba incluso de cátedras específicas para ELE, aumento de personal docente y... Y no pasó nada. Las ilusiones se disolvieron como un azucarillo en el café del desengaño. Es verdad que entonces la lingüística aplicada a la enseñanza de lenguas y el español lengua extranjera se veían como disciplinas de segundo o tercer orden. Si alguien hacía una tesis sobre el adjetivo en Berceo o sobre los galicismos en el español del XVIII, eso era serio; si se decantaba, en cambio, por temas como la enseñanza del subjuntivo a anglohablantes o el análisis de errores de italofonos, pobrecito, es que no daba para más. La lingüística aplicada o la adquisición de segundas lenguas no eran muy reconocidas. Se acusaba en España en aquel entonces un cierto retraso tanto en la valoración como en la práctica en determinados campos de investigación y el español como lengua extranjera era uno de ellos. Faltó, sin duda, liderazgo, ambición, visión de futuro y quizá autoconvicción. Sí, quizá Dios estuviera cogido por los pies, pero lo que pudo haber sido no fue. Una pena, porque, bajo la dirección de Emilio de Miguel en Cursos Internacionales (1982-1992) Salamanca tenía todas las cartas para ser el centro del universo ELE. Cursos Internacionales pasó a ser sociedad anónima ganando en flexibilidad y operatividad. En el ámbito de la certificación lingüística, la Universidad de Salamanca era pionera. En 1987, diseñó un examen de nivel de ELE con el nombre de D.E.U.S (Diploma de Español de la Universidad de Salamanca), cuya primera convocatoria se llevó a cabo en 1988. Al año siguiente, se sumó a él C.E.U.S (Certificado de Español de la Universidad de Salamanca), cuya primera convocatoria tuvo lugar en 1990. Ambos exámenes desaparecieron en favor de los DELE, creados en 1988 por el entonces Ministerio de Educación y Ciencia. Durante unos años los DELE dependieron de la Universidad de Salamanca para la creación y corrección y del Instituto Cervantes, creado en 1991, para su administración. El Ministerio de Educación adoptaba un segundo plano como suele ser habitual en él. Por hacer una historia larga corta, el fiel de la balanza fue inclinándose cada vez más hacia el protagonismo del Cervantes a costa del ostracismo de la Universidad de Salamanca. Los DELE, que, durante bastante tiempo eran conocidos como los exámenes de Salamanca, perdieron esa impronta a pesar de que se sigan creando y corrigiendo aquí. Otra batalla perdida.

En 1994 Juan Felipe se presentó a una oposición a cátedras. Preparó para ello una lección sobre fonética acústica con muchísimo cariño y mimo. Es emocionante recordar la ilusión que derrochó para ese proyecto, las horas que pasó en ese

arcaico laboratorio de fonética, con un espectrógrafo mastodóntico, contrastando ideas con Carmen Pensado, internándose en *terra incógnita* con la pasión de un descubridor. Recuerdo también su éxtasis cuando la casualidad hizo que un chico argentino grabara unas rehiladas que, sometidas a un estudio experimental en ese viejo espectrógrafo, se tornaban en velares. El *caballo* (pronúncienlo a la argentina) se convirtió en *cabajo*. El cambio fónico no era una cosa «del pasado», era una proyección, valga la redundancia, de futuro. La lección fue publicada en 2002 con el título *Cambio lingüístico y fonética acústica*. La cátedra, desgraciadamente, se le escapó. Y con ella la historia de la lengua, la fonética histórica y su interés por la diacronía. Fue una herida profunda, sin duda, sobre la que no merece la pena hurgar mucho aquí. Se cerró ahí un capítulo de su vida docente e investigadora con un triste aldabonazo. Como es él, encajó la derrota con una deportividad absoluta. La procesión iba por dentro, claro. Y en esa procesión, en una noche aciaga en el café Rúa, las de los amigos y discípulos que acusábamos el golpe como si hubiera sido en nuestras propias carnes.

La redención o el exilio, según se mire, vino un tiempo después, en 1996, cuando Juan Felipe, que hasta entonces había sido reacio a los cargos, fue nombrado director de Cursos Internacionales de la Universidad de Salamanca. Este reto le permitió dejar de lado el mal trago y verter toda su energía en dinamizar ese servicio universitario. Con la perspectiva que dan los años, habría que resaltar el vuelo que dio a esa casa. Su paso por el Patio de Escuelas Menores merecería un mejor homenaje que el Vítor pintado en la pared del nuevo edificio de Cursos. A él se debió un incremento exponencial en el número de alumnos extranjeros que vinieron a Salamanca; a él, una relación privilegiada con Brasil, que se tradujo en cientos de profesoras y profesores de aquellos lares que vinieron a recibir formación en nuestra vieja universidad. Un verano se llegó incluso a fletar un avión que, surcando el Atlántico, aterrizó en Matacán para facilitar la venida de docentes brasileiros que, de otro modo, se hubieran quedado varados. A él se debe la creación de dos títulos propios de máster que igualmente atrajeron a cientos y cientos de maestros de los Estados Unidos. A él se debe la relación privilegiada que se estableció con la Consejería de Educación de la Embajada de España en Estados Unidos, que, en 1996 ocupara Gonzalo Gómez Dacal, profesor de la Facultad de Educación de la USAL. A él se debe el resurgir de Cursos, como se debió a Emilio de Miguel su regeneración y modernización. A él se debe, en fin, fortalecer el equipo administrativo y mimar al docente. Eran los tiempos en los que Paco Franco, Carmen Mota o Marisol Martín revisaban con él la gestión económica, la logística de los grupos o la programación académica en largas sesiones de trabajo. A su despacho llegaban unos y otros con problemas, peticiones, agravios, pequeñas rencillas, líos diversos, cuitas varias. No sé si alguno alguna vez fue a ver qué tal estaba. Sea como fuere, jamás se enfadaba, jamás tenía una mala palabra, tenía tiempo y oído para unos

y otros. Fueron años de trabajo intenso, reuniones con unos y con otros, horas y horas frente al ordenador y miles y miles de correos electrónicos, que acabaron pasando factura a su retina. No había horario. Se trabajaba hasta que se acababa.

En 2001 decidió abandonar la dirección. De nuevo un revés académico se atravesó en el camino. Juan Felipe, ejemplo de hombre tranquilo, paciente y pacífico, enemigo de conflictos y confrontaciones, mostró que también era capaz en ocasiones, en muy pocas ocasiones, de hacer aflorar su temperamento, de, con toda cortesía, dar un portazo y decir adiós. El Patio de Escuelas Menores había sido su segundo hogar, casi su primero, porque pasaba allí más horas que en su casa de la calle Calderón de la Barca, a escasos metros de la estatua de Fray Luis.

Azares del destino hicieron que, al cabo de cinco años, volviera a dirigir Cursos durante otros tres años más. Aun cabría de decir que en ese interregno fue director *in pectore*, porque se acudía a él, como al oráculo de Delfos o al sabio de la montaña cuando no se sabía qué camino tomar. Siempre escuchaba atentamente, con su media sonrisa y sus ojos entornados. Al acabar de escuchar, siempre tranquilo y con la convicción de que para todo problema había una solución, restaba importancia al asunto y resolvía las dudas con su habla pausada y su tono paternal. Pocas veces, muy pocas, como apuntaba antes, he visto a Juan Felipe enfadado. Quizá porque practicó siempre la máxima que le enseñó su madre de que dos no se pelean si uno no quiere. En este mundo universitario en el que las intrigas, las conspiraciones de medio pelo, las envidias, las maledicciones, las zancadillas son tan habituales, Juan Felipe siempre evitó caer en ellas. Prefería, como solía decir él, hacerse el tonto, fingir que no se había enterado en lugar de montar en cólera y decirle a más de uno/a cuatro verdades. Esa capacidad de escuchar, de ponerse en el lugar del otro —no me canso de repetirlo— es uno de los rasgos que mejor lo definen y lo distinguen.

Durante todos esos años, desde que asumió la dirección de Cursos hasta que se jubiló, Juan Felipe enseñó la asignatura *Gramática para la Enseñanza del Español I y II*. Sus clases estaban repletas de estudiantes. No es hipérbole cifrarlos en centenares y centenares. De entre ellos un notable contingente eran estudiantes Erasmus, o, como dicen ellos, estudiantes de Erasmus (el maestro con más estudiantes de Europa). Repasaba en ellas Juan Felipe los temas clásicos desde una perspectiva funcional y siempre con apoyos visuales: los tiempos del indicativo, las diferencias entre indicativo y subjuntivo, *ser* y *estar*, las preposiciones, los pronombres, etc. Él siempre tuvo pasión por este campo. Seguramente, surgió en las primeras clases que impartiera ante la falta de materiales en los que sustentarse. Con ese espíritu pedagógico del que siempre ha hecho gala, buscaba explicaciones claras, sencillas, pero sin falsear los hechos, y las aderezaba de diagramas para ilustrar visualmente la comprensión del punto gramatical en cuestión. Sus exámenes eran unos textos sazonados de errores de uso del español que los estudiantes tenían que identificar y numerar, para luego explicar algunos de ellos. Los alumnos podían disponer de los

apuntes, lo cual, como no es difícil sospechar, es un arma de doble filo. Él siempre les advertía –y así lo hacía constar en el programa de la materia– de la conveniencia de asistir a clase. Así, en sus recomendaciones para la evaluación, puede leerse: «Es (casi) imprescindible ir a clase».

Su interés por la gramática aplicada a la enseñanza del español, que ya habíamos visto en su publicación para Cursos Internacionales ampliada, retocada y modificada en varias ocasiones y en *Viaje al español*, se tradujo en otras obras que incluyen libros de texto para la enseñanza del español en Brasil titulados *Español para todos* con la colaboración de compañeros del Departamento de Lengua Española y el proyecto ELElab, en el participó junto con Emilio Prieto, Julio Borrego y un plantel de jóvenes promesas (hoy ya realidades).

De aquellos años tengo también recuerdos de dos viajes suyos a los Estados Unidos, a Washington D.C. y a Nueva York. Tengo para mí que le gustó más el primero que el segundo, quizá porque las ciudades lucen más cuando el tiempo es bueno. Los días en la capital del imperio fueron soleados mientras que en la gran manzana el cielo estaba encapotado y tristón. Creo, además, que le gustaba más viajar a Brasil, país en el que hizo muchas amistades: en el mundo docente y universitario era muy querido y reconocido. Supongo también que la más cercana y musical melodía del portugués de Brasil le resultaba más seductora que la atosigada jerga anglosajona. Sea como fuere, Juanfe era un excelente compañero de viaje. No solía quejarse, se acomodaba a todo de buen grado. Incluso en una ocasión en la que, por culpa de un malentendido con la agencia de viajes, querían alojarnos en la misma habitación de un hotel, nuestras reacciones fueron muy dispares: yo me resistí heroicamente mostrando un notable enfado hasta que pude solucionar el desaguisado; a él, por el contrario, se le veía muy tranquilo, como si fuera un gaje más del oficio. Y ya que estamos en el tema de los viajes, será el momento propicio de incluir su pasión por los coches. Juan Felipe ha sido siempre un enamorado del motor. Su biografía se podría periodizar (¡qué verbo tan feo!) en razón de los coches que ha ido teniendo. El primero que le recuerdo era un Ford Sierra al que siguieron otros muchos de diferentes marcas y modelos, pero, desde luego, el más emblemático, el que se llevaba la palma, fue un Chrysler Vision, un verdadero haiga de 5 metros de largo, digno de un ministro o de un alto dignatario extranjero. De hecho, yo creo que algún guardia municipal de entonces se le llegó a cuadrar pensando que era un coche oficial. No era para menos. Juan Felipe, además, tenía sus coches limpios como una patena. En ese mismo coche fuimos una vez Juan Felipe, Juan Miguel Prieto, responsable de DELE de Cursos Internacionales, y yo a Radio Nacional de España. Allí dejábamos a Juan Mi para coordinar las grabaciones de la comprensión auditiva y nosotros íbamos ya no recuerdo a dónde. El caso es que, al entrar en Prado del Rey, Juan Mi, bien trajeado y con una cartera de cuero, preguntó al guardia de seguridad cómo llegar al edificio de marras, y este le

contestó «Dígale a su chófer que vaya por ahí y que aparque allí». La anécdota fue narrada y narrada para solaz y divertimento del personal de Cursos y de la Facultad. La pasión por los coches iba aparejada a su pasión por la velocidad. A Juanfe le gustaba pisar el acelerador. Recuerdo verle bajar por los Lagos de Covadonga como un Carlos Sainz desatado. En el pecado llevaba la penitencia porque ese descenso de vértigo le supuso algún enfado. Y ya que hablamos de pasiones, habrá que recordar, mal que le pese a quien esto escribe, su Real Madrid. Juan Felipe ha sido siempre muy merengón. El club blanco le ha dado innumerables alegrías, véase el palmarés de Champions, por citar el trofeo más prestigioso. Y –fútbol es fútbol (tautología de Luis Molowny)– también algún disgustillo. Con todo, y pese a que en ese terreno nuestras diferencias sean irreconciliables, es un aficionado sensato, que aprecia también la calidad del rival cuando así procede y no se deja cegar por el cerrilismo de camiseta tan habitual incluso en gente supuesta y presuntamente ecuánime y, desde luego, en mucha prensa de ambos bandos, que tienen de periodistas lo que yo de monje cartujo.

Tras su último mandato en Cursos, Juan Felipe volvió a su despacho compartido con Julio Borrego en el Palacio de Anaya. Comenzó entonces un periodo más tranquilo. Durante el primer semestre concentraba las clases de *Gramática Práctica I y II*, el segundo se dedicaba a sus lecturas, sus artículos, alguna que otra tesis. En ese capítulo, el de las tesis, muchas de sus discípulas fueron estudiantes extranjeras, Noriko (japonesa), Rita (libanesa), Linan (china), Fatemeh y Maryam (persas), seguramente atraídas por su sapiencia, pero también por su bondad. Hubo también estudiantes españoles, Luis, Eloísa, Luis Alberto, Juan Mi, Pompeyo y Trinidad. Durante esos años tranquilos, Juan Felipe, Julio y José Antonio bajaban a tomar café a Caballerizas. Café en el caso de Juan Felipe es un eufemismo, porque la droga en su caso era una infusión de manzanilla acompañada del montadito de tortilla o jamón. En esos cafés se hablaba de todo o, por mejor decir, de casi todo. Se hablaba de política, de fútbol, de la Facultad y de la Universidad, de lingüística y de gramática. Se atendía a los chistes y chascarrillos de Julio, al siempre informado José Antonio, y a las anécdotas del jefe. Después subiendo la cuesta del Tostado primero y las escaleras del Palacio de Anaya se volvía a «investigar», saciada ya el hambre de media mañana.

En 2020 llegaba el tiempo de la jubilación. A sus 70 años tocaba decir adiós al magisterio, su hábitat preferido. Tras casi cinco décadas subiendo y bajando las escaleras del Palacio, del aula al despacho, del despacho al aula, había que cerrar el capítulo de una vida académica dedicada a alumnas, alumnos y colegas; una vida discreta, sin aspavientos, sin afán alguno de protagonismo o notoriedad, en la sombra tantas veces. En ese mismo espíritu quiso irse Juan Felipe de la Facultad. Sin despedidas, sin homenajes. Fue vaciando poco a poco su despacho, deshaciéndose de papeles, de trabajos de alumnos, de viejas tesis doctorales, de libros que ya no

esperaban una segunda lectura, del hornillo para los días en que el frío se colaba por entre los gruesos muros del Palacio. La mitad del panel de estanterías según se entraba a la derecha daban testimonio del adiós. Aliado el destino con su deseo de silencio, en marzo del 2020 un bichejo maligno de 0,125 micras, tan pequeño que todos los bichos de esa especie en el mundo cabrían en una lata de refresco (y sobraría espacio), un bichejo inconsciente de su maldad nos encerró a todos en nuestras casas y dejó nuestras ciudades como si fueran exteriores de una película catastrofista de la serie B. Juan Felipe se jubiló, como dicen en alemán, *in aller Stille*, que puede traducirse por en todo silencio, pero que, como sucede muchas veces en las traducciones, ni suena igual ni significa lo mismo. Siempre dijo que no quería homenajes ni reconocimientos ni gaitas. Ya decidiría él si quería comer con alguien o con nadie. El malhadado COVID no dejó alternativa. Todos para casa, mascarillas, distancia social, hospitales desbordados, el mundo en jaque. Los años posteriores han sido complicados. Su centenario padre, Manuel, el herrero de La Pesga, murió (su madre había muerto bastantes años antes en ese pueblo cacereño). Un inoportuno desliz le lesionó la pierna, amén de otros achaques que es mejor olvidar... No ha tenido hasta ahora el merecido descanso del guerrero, no. Hora es ahora de pasar página. Hora es también de seguir su estela, de ser optimista, de saber que, después de la tempestad viene la calma o que no hay mal que cien años dure. Hora es de que lea, en parte incómodo por mor de su modestia, pero seguro que también feliz por recibir el cariño de quienes le queremos, las semblanzas, los artículos, las ideas, las reflexiones, los sentimientos que, más vale tarde que nunca, recogen las páginas de su homenaje. Seguro que lo lee despacio, como lee él, que encuentra alguna errata o algún error en lo que sus colegas o discípulos escribimos, porque nada se le escapa. Seguro que acaricia estas páginas con cariño y con ternura. Y seguro también, que cuando acabe, lo dejará encima de la mesa, cogerá a Elvira de la mano, y caminarán los dos Rúa abajo hasta que su imagen se pierda en la distancia y sus confidencias queden para sí.

